

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA
COLECCION DE FOLKLORE

BUENOS AIRES

95

PIGUE

Maestro PAULA GOBBI

Escuela N° 125

Fojas 2

OBSERVACIONES

Piqui, Escuela Nacional 125 Paula Jobbi

"El futuro de mendocinos" narrado por

Emma C. de Bedogni

Chré animación se notaba en Mendoza al comenzar el año 1817. Por todas partes veíanse soldados. Se aproximaba el momento en que el gran ejército organizado por el no menos grande don José de San Martín debía abandonar la ciudad para emprender la intrépida y maravillosa empresa de atravesar los Andes. Aquellos valerosos héroes se proponían independizar a Chile y al Perú.

El pueblo mendocino había acostumbrado al modo de vida bullicioso que los preparativos de una empresa tan colosal, aunque originara y trajera civiles y militares, niños y mujeres, ancianos y sacerdotes, no hablaban más que de milicias, de batallas y de victorias.

En la mañana del día 18 de mayo de aquel año los revolucionarios debían ya abandonar sus campamentos, y el pueblo desde muy temprano, había salido de sus casas para presenciar la partida de los soldados, a los que acompañarían con la mente y con el corazón en toda la lucha, en todo peligro.

— Hoy se marcharán ¿de dónde un pobre forajido que intenta consultar un buen reloj?

— Se irán todos? le preguntó un niño travieso que venía a jugar.

— Todos; y con ellos todas nuestras esperanzas.

— Con qué placer iría yo también! dijo el rapazuelo.

— ¿Y por qué quieres ir?

— Para combatir por la libertad de mis paisanos.

— Muy bien, hijo mío, dijo el forajido, al ver que miraba con ternura.

— ¿Conoces al forajido?

— ¿Quién no le conoce en Mendoza?

- lo cierto, ¿Quién no ha de conser a un hombre tan valiente y constante en sus empresas? El gentío aumentaba, en Mendoza ya no quedarían más que las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos. Llegaban tropeleros de niños con flores en la mano.
- ¿Para quién traes esas flores? preguntó el fruterillo, a una niña de negros ojos y tez amorada que lo miraba fijo.
- Para arrojárselas a mis hermanos cuando paren, dijo la pequeña.
- ¿Y a dónde van tus hermanos?
- A la guerra.
- ¡Ah! exclamó el niño, demostrando con una sonrisa cuánto le complacía la idea gentil de aquella rubicita.
- ¿Dónde compraste esas flores?
- No las compré; son de nuestro jardín.
- Si me das unas rosas, te daré una docena de duraznos. Mira qué maduritos están! La rubicita miró la fruta que el niño tenía en un canasto que llevaba en el brazo, miró las flores y luego meneando con gracia su hermosa cabecita, dijo:
- No, éstas no se venden. Ante aquella negativa, el fruterillo se fue disquietado y, abriéndose paso entre la muchedumbre, consiguió llegar delante de una casa, en cuyo patio vio una cantidad de plantas que ostentaban bellas y perfumadas flores. Páralas veía el pequeño había pasado por aquella calle sin que una casa y esas plantas llamaran su atención! Se acercó a la ventana y llamó. Una anciana que estaba sentada en una chamaca le hizo entrar.
- ¿Qué quieres? le preguntó.
- ¿Quieres usted venderme unas flores?
- No, hijo mío.
- Si me deja puntas unas rosas, daré a usted una docena de estos duraznos; fíjese de qué tamaño son! dijo el niño mientras acercaba el canasto a los ojos de la anciana, para convencerla de que su mercadería era efectivamente de primera calidad.
- ¿Para qué quieres flores? preguntó la marañillada.

la anciana.

- Es un secreto mío.

- Bueno, pues, ya te dije que no las vendo.

- No daré dos docenas de duraznos en vez de una, ¿estáis conforme?
dijo el niño enojado.

- Las flores, contestó con voz bondadosa la anciana, son la alegría de mis ojos. Por eso las quiero. ¡Son ya tan pocos los gozos que mi edad me permite!

Por qué quieres tú privarme del placer que me causa la vista de mis plantas florecidas?

- ¿Tan poco queréis a nuestro buen general Don José de San Martín?

- ¿Qué tiene que ver el general con mis plantas?

- Yo os pedía esas flores para arrojárselas al general cuando pasara, dijo el niño. ¿No sabéis que hoy se marcha?

- ¿Y por qué no me lo has dicho antes, niño querido? ¿Qué no daría para demostrar mi admiración, respeto y cariño al general?

Revéntelas todas, tóditas, y cuando se las arrojes dile en voz alta que lo acompaña el voto de un pueblo ávido de libertad.

El niño dejó en el suelo un canasto y recogió cuantas flores había. Luego, sin acordarse de sus duraznos, se fue corriendo hacia el sitio donde debían pasar las tropas. Llegó a tiempo para arrojar unas rosas blancas, que fueron a dar en el pecho del general. Este miró hacia el lado de donde le fue dirigido aquel perfumado proyectil, y viendo al pequeño con el brazo aun tendido, le sonrió y lo saludó.

- "¡Buenas rosas os traían cuerto, mi general!", dijo el puerillo emocionado, mientras unas lágrimas le corrían por las mejillas.

Buscar el autor -